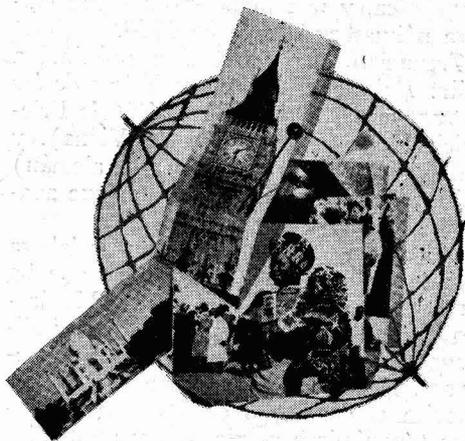


VIRGINIA WOOLF O EL TIEMPO DETENIDO. El once de marzo de 1941, invicta e indomable Virginia Woolf se arrojó contra la muerte. Las aguas del río Ouse, en Sussex, cerca de Lewes, recogieron su cuerpo. Al morir (acosada por las grandes minucias de su vida, por la destrucción ya conjurada sobre la tierra), las bombas que noche a noche arrojaba la aviación alemana sobre Londres velaron la trascendencia del suicidio. Veinte años después, reconocemos en la más grande escritora inglesa de su tiempo a uno de los maestros —como Joyce, Proust, Faulkner, Kafka y Dos Passos— que modificó para siempre las concepciones tradicionales de la literatura narrativa. Virginia Woolf opuso el lirismo subjetivo al naturalismo que había engendrado una retórica de su propia objetividad, de su mecánica. Con ella, la poesía irrumpió en el relato y sus libros contribuyeron a la desintegración del tiempo habitual en la novela. Virginia Woolf escribió nueve novelas poemáticas, nueve poemas psicológicos que, antes que describir el mundo externo, exploran e interrogan el fluir de la conciencia; varios libros de ensayos que defienden la autonomía de la mujer contra la rigidez de los principios victorianos (*A room of ones own*, 1929; *Three guineas*, 1938; *The moment and other essays*, publicado póstumamente en 1947); numerosos relatos y una gran cantidad de artículos críticos; redactados entre los capítulos de sus libros para el *Times Literary Supplement*, que recogen parcialmente las dos series publicadas de *The common reader*. En 1953, su esposo divulgó una cauta selección de las anotaciones cotidianas de los odios, afanes y ensueños de Virginia Woolf: *A writers diary*, uno de los grandes testimonios autobiográficos de nuestro siglo, que confirma, establece la imagen que de sí nos entregó la autora por medio de sus libros de creación. Virginia Woolf pagó en la desesperación el precio de su lucidez. En sus cuadernos íntimos la vemos aferrada como pocos a su intensa vocación expresiva. Escribir, para ella, era más que un deber, una religión, una orden, un instinto: era un dolor que sólo se alejaba frente a la página que iban cubriendo las palabras. Protesta contra los agravios de la vida, muro donde puede llorarse toda lamentación, la literatura fue el gran amor de Virginia Woolf y su legítima defensa contra una sociedad enferma, herida por la guerra y la preguerra; contra un mundo —como el nuestro— que destilaba miedo e infelicidad. “Lo terrible de este oficio, sostuvo, es que nos hace depender mucho de los elogios. Pero lo importante, lo esencial es el placer que experimento al escribir.”

Nacida en Londres (1882), hija de Leslie Stephen, formó parte en su juventud del célebre “Bloomsbury group” que integraban también E. M. Forster, Clive Bell, Lytton Strachey y Leonard Woolf, futuro esposo de Virginia. Su primer libro importante, *Jacobs room*, apareció en 1922, antecedido por tres títulos novelísticos: *The voyage out*, *Nighth and Day*, *Monday or Tuesday*. El cuarto de *Jacobs* es el primer paso de Virginia Woolf hacia su personal concepto de la

técnica y sus innovaciones literarias: omite las transiciones de la anécdota y presenta únicamente los momentos de importancia para la vida del protagonista. *Mrs. Dalloway*, 1925, narra —como *Ulysses*— un día entre los días, algunas horas de la existencia de Clarissa Dalloway. *To the lighthouse*, la primera de sus obras maestras y acaso la más difundida de sus novelas, se publica dos años más tarde. *Orlando*, 1928, es la biografía de un personaje, sucesivamente hombre o mujer, que transita por las épocas británicas, por cinco siglos de historia de Inglaterra: de la era isabelina al año de aparición de esta novela, que Borges ha traducido al castellano. *The waves*, 1932, su obra capital, suprime el transcurrir y la visión del mundo externo (sólo presente en las descripciones, que encabezan cada capítulo, de los cambios ocurridos en un mismo paisaje marino), prescinde de la continuidad de la trama para erigirse en seis monólogos interiores que al anudarse y explicarse dan forma a esta extraña e imborrable novela.

El tiempo se detuvo en muchas páginas de Virginia Woolf. La gran escritora dejó en ellas fragmentos de su experiencia personal y de su mundo. Ahora, ante nosotros, son admirables testimonios artísticos de una de las conciencias más doloridas y apasionadas de la literatura contemporánea.



LA PARTICIÓN DE LAS AGUAS. Ha llegado a nuestro país una revisión hecha en 1960 de la Biblia que en 1569 tradujo Casiodoro de Reina y que en 1906 pulió y corrigió Cipriano de Valera, otro de los heterodoxos españoles que anatematizó don Marcelino. Durante los tres siglos de dominación en América, su lectura estuvo minuciosamente prohibida. En el XIX las nacientes Sociedades Bíblicas redescubrieron ese libro, que se ha vuelto a editar constantemente. En un terreno literario, la versión de Reina y Valera está muy por encima de las verbosas y frías que han empujando algunos entusiastas de la Revelación, pero ignorantes del hebreo y el griego y las posibilidades prosódicas del español, como el infortunado Torres

Amat, el Padre Scío y algunos otros eruditos a la violeta. La nueva edición —que sólo pueden utilizar e interpretar las numerosas sectas e iglesias protestantes, pues los católicos tienen prohibida su lectura— moderniza la ortografía y sustituye ciertos vocablos atendiendo a las variaciones de su significado. El libro más importante de la humanidad cristiana, fuente de todo conocimiento y de toda fe para muchos millones de personas, es ahora legible en un lenguaje moderno que no se aleja del sentido original que tuvieron los manuscritos primitivos. Lo notable es que, pese a los cambios, la Biblia Reina-Valera sigue siendo una de las obras definitivas de nuestro idioma. Con todo, la discusión en torno suyo no parece extenuarse: hace unos meses el escritor mexicano Alfonso Sierra Partida publicó un volumen polémico, *La Biblia, el gran mito literario*, en el que intenta demostrar con hechos y silogismos que la Biblia no es un libro original ni revelado por Dios ni un documento histórico o profético. No prueba la existencia de Jesucristo, no es un libro moral, presenta absurdos y contradicciones y es simplemente un monumento literario; razón, esta última, en la que todos estarían de acuerdo si no la vigilara el duro adverbio “simplemente”.

PALABRAS DEL EDITOR. Días pasados, estuvo entre nosotros Víctor Seix, que en Barcelona publica, con Carlos Barral, las ediciones más vivas, modernas e interesantes de España. Del diálogo que sostuvimos en la televisión universitaria destacó las siguientes palabras: Seix Barral, S. A. difunde entre los lectores de lengua española las obras de los nuevos novelistas europeos (Robbe-Grillet, Michel Butor, Marguerite Duras) que han hecho variar las creencias y direcciones de la literatura contemporánea. En consonancia con un criterio minoritario, selectivo, publica asimismo los textos renovadores de la crítica y el pensamiento europeos. Pero lo más importante es que Seix Barral ha reunido en sus publicaciones a la mejor parte de la nueva generación de novelistas españoles (Juan y Luis Goytisolo, Juan García Hortelano, Jesús Fernández Santos, entre otros) y ha logrado que sus trabajos se conozcan más allá de los límites de España. Ahora —continuó Víctor Seix— nos preocuparemos por dar a conocer autores hispanoamericanos. Se imprimió *Eloy*, excelente novela del chileno Carlos Droguet, y pronto circularán novelas de Elena Garro y Ana Mairena, escritoras mexicanas. Muchos otros fueron los temas que aludió la improvisada entrevista. En la imposibilidad de resumirlos, es conveniente terminar señalando que a Seix Barral le debemos (a partir del libro *La hora del lector* de José María Castellet) nuestro descubrimiento de los “antinelovelistas” franceses, y el Coloquio entre narradores de todas las naciones que anualmente organizan en Formentor, Mallorca, mucho del benéfico cambio que ha enderezado el rumbo de la nueva literatura peninsular.